

Norbert von Prellwitz
Università di Roma «La Sapienza»

«Como haya muchas truchuelas (...) podrán servir de una trucha» (*Don Quijote* I, 2).
Dialogo tra due gentiluomini del Seicento su un capitolo in cui più che in avventure degne di un cavaliere errante don Chisciotte si imbatte in compari di altro ceppo

Questo articolo è costituito dalla traduzione italiana di un frammento dialogato di grande interesse per gli studi sulla ricezione del *Don Chisciotte*, in cui due personaggi del XVII secolo – almeno così mi è sembrato, benché possa trattarsi, come alcuni potrebbero sospettare, di un apocrifo – commentano aspetti interessanti del capolavoro cervantino. Per renderne più comprensibile il testo cito innanzitutto il brano che in tale dialogo viene commentato, cioè la seconda parte di *Don Quijote*, I, cap. 2¹:

Fuese llegando a la venta, que a él le parecía castillo, y a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero, como vio que se tardaban y que Rocinante se daba prisa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta, y vio a las dos destraídas mozas que allí estaban, que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto, sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos -que, sin perdón, así se llaman- tocó un cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó a don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida; y así, con estraño contento, llegó a la venta y a las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte, armado y con lanza y adarga, llenas de miedo, se iban a entrar en la venta; pero don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelón y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada, les dijo: -No fuyan las vuestras mercedes ni teman desaguisado alguno; ca a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, quanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran. Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubría; mas, como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa, y fue de manera que don Quijote vino a correrse y a decirles: -Bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede; pero no vos lo digo porque os acutedes ni mostredes mal talante; que el mío non es de ál que de serviros. El lenguaje, no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero acrecentaba en ellas la risa y en él el enojo; y pasara muy adelante si a aquel punto no saliera el ventero, hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico, el cual, viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar a las doncellas en las muestras de su contento. Mas, en efeto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente; y así, le dijo: -Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza, que tal le pareció a él el ventero y la venta, respondió: -Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta [...]. Pensó el huésped que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz, y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiantado paje; y así, le respondió: -[...] bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, quanto más en una noche. [...] volvió a ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas, que ya se habían reconciliado con él; las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitalle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera, y así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y estraña figura que se

¹ Cito dall'edizione diretta da F. Rico: M. de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Barcelona 1988, pp. 51-52.

podiera pensar; y, al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire: -Nunca fuera caballero de damas tan bien servido como fuera don Quijote cuando de su aldea vino: doncellas curaban dél; princesas, del su rocino, o Rocinante, que éste es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mío; [...]. Las mozas, que no estaban hechas a oír semejantes retóricas, no respondían palabra; sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa. -Cualquiera yantaría yo -respondió don Quijote-, porque, a lo que entiendo, me haría mucho al caso. A dicha, acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela, que no había otro pescado que dalle a comer. -Como haya muchas truchuelas -respondió don Quijote-, podrán servir de una trucha, porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos que en una pieza de a ocho. Cuanto más, que podría ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón. Pero, sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Pusiéronle la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y trújole el huésped una porción del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía; y así, una de aquellas señoras servía deste menester. Mas, al darle de beber, no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibía en paciencia, a trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso a la venta un castrador de puercos; y, así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro o cinco veces, con lo cual acabó de confirmar don Quijote que estaba en algún famoso castillo, y que le servían con música, y que el abadejo eran truchas; el pan, candeal; y las ramerías, damas; y el ventero, castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Mas lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería.

Di seguito riporto, con qualche lieve intervento correttivo, il documento trovato per caso in un manoscritto (la traduzione è mia):

«Qualche tempo fa mi trovavo a parlare con un amico – zelante fruitore di avventure fittizie, e perciò fervente sostenitore dei romanzi di cavalleria – di un libro che lui aveva comprato di recente e che io, abituato a divorarli i libri, avevo già letto da un bel pezzo. Le vendite del grosso tomo non accennano infatti a calare, a conferma del successo che arride al giorno d’oggi ai romanzi, e in particolare a quelli che si scostano dagli schemi consueti. Sapendo dunque che lo avevo già letto, l’amico chiese il mio parere. La nostra conversazione, che trascrivo a memoria, andò più o meno così:

– Lo dicevo io che avrei dovuto diffidare di quell’aggettivo, *ingenioso*, che campeggia nel titolo di codesto romanzo, e che non evoca alte imprese di figli di re, ma soltanto espedienti di nobilucci decaduti... Io mi aspettavo un romanzo cavalleresco in piena regola, e invece faccio fatica ad andare avanti... Come d’abitudine ho sorvolato i preliminari, dei quali poco mi cale – i quali del resto, a giudicare dal tono, non mi pare importassero granché nemmeno all’autore –, ma sono riuscito comunque a cogliere che in qualche modo il signor Cervantes ce l’ha con i romanzi di cavalleria. – Vorrebbe addirittura farli aborrire – intervenni io –, e vedrete, se, come spero, continuerete a leggerlo, che ne salva solo qualcuno; per esempio, l’*Amadís*...

– Vorrei ben vedere, il capostipite, il cavaliere per eccellenza, il grandissimo Amadigi! Comunque, il primo capitolo di questo *Don Quijote* l’ho letto, ho capito che il protagonista – un vecchietto, altro che gagliardo paladino – è uno di quelli che si immedesimano nelle storie inventate, e che si dispone a fare il cavaliere errante, come se bastassero i nomi e l’abbigliamento a fare il monaco – così da andare addirittura in giro, nel secondo capitolo, travestito in modo grottesco; e devo dire che bene ha fatto il locandiere a prenderlo in giro. Difatti, se il finale del capitolo non promettesse altri divertimenti, e se il libro non mi fosse costato i miei bei soldini – accidenti, quanto costano questi libri, più di un ingresso per vedere una commedia! – non continuerei davvero a leggerlo, perché mi pare sia uno di quei libri con pretese intellettuali, fatti apposta per farti sentire sciocco, e a me... – Ma no, ma no – lo rassicurai – , avrà pure le sue pretese, ma le nasconde bene, vedrete quante gliene attribuiranno, e posso testimoniare che, anche se come romanzo di cavalleria è alquanto particolare, le promesse di intrattenimento annunciate in quel prologo che avete sorvolato le mantiene generosamente, Ve lo garantisco. Siccome io l’ho letto e, come sarà già evidente, mi è piaciuto, e non poco, sto aspettando che al buon Cervantes, o a qualche altro ingegno, venga in mente di scrivere una seconda parte con la terza sortita di don Chisciotte, parte che sicuramente non si farà attendere visto che il libro si vende bene, e ai signori stampatori questo importa. A mio parere avrà lo stesso successo, se non di più, che ebbe pochi anni fa il libro del Picaro, cioè *Guzmán de Alfarache*, e non minori riprese ed emulazioni di quello, ne sono certo.

– Ah, il Vostro Guzmán, eh già, a Voi piacciono le storie di gaglioffi; io preferisco decisamente i cavalieri.

– Non perché siano storie di gaglioffi, ma perché fanno vedere il mondo con occhi diversi. Comunque, a proposito di gaglioffi, e visto che siete arrivato al secondo capitolo del Vostro nuovo acquisto, se volete Vi dico in quale modo io l’abbia letto, o piuttosto riletto, dopo aver finito il libro una prima volta.

– Sentiamo, sentiamo, visto che Voi divorate un libro al giorno, e, a quanto sento, non rifuggite dal ripetere lo stesso piatto.

– Dite bene, però sappiate che il piatto può apparire lo stesso, mentre il sapore di solito cambia, la seconda volta, con i buoni libri. E dunque, torniamo al secondo capitolo, visto che Voi Vi ci siete fermato, dubbioso sull’opportunità di proseguire la lettura. Intanto Vi perdereste la seconda sortita di don Chisciotte e Vi lascereste sfuggire non solo una moltitudine di avventure inventate con grande ingegno, ma soprattutto occasioni a iosa per ridere, il che so che non Vi dispiace punto. Allora: cominciamo con lo stabilire le particolarità del capitolo...

– Bene, dite pure, ma non fatela troppo lunga, Vi conosco, quando partite Vi arrampicate sulle guglie...

– No, no, prometto di farla breve. Per quanto mi riesce, almeno... Ad ogni modo, inizierò dicendo come il secondo capitolo, nonostante la numerazione, sia di fatto il primo; per essere esatti, il primo vero capitolo della storia di don Chisciotte.

– Come sarebbe a dire il primo, se è il secondo? E cosa sarebbe allora quello precedente? L'uscio?

– A modo suo, sì, un uscio attraverso il quale si deve passare per poter entrare nella narrazione.

Perché nel capitolo precedente v'è un certo don Alonso Vattelapesca, anziano hidalgo di campagna, che fa i preparativi per diventare un cavaliere errante, ma di fatto non lo è ancora; come converrà certo anche Vostra Signoria, comincia ad essere tale quando sale in sella sul suo ronzino e parte.

– Questa Vostra mi sembra una sofisticheria bella e buona!

– Non tanto come può sembrare. Stia ad ascoltare Vostra Signoria, e vedrà che di fatto il personaggio è ancora potenziale nel primo capitolo. Uscio – dicevo – che funge un po' da premessa esplicativa per la nascita del nostro cavaliere errante; il quale, Ve lo rammento, non nasce in un fiume, come il Vostro glorioso Amadigi, o addirittura nel bel mezzo di un fiume, come il molto meno illustre Lázaro de Tormes, ma ha come culla un cervello rinsecchito dall'eccesso di letture...

– Cosa che temo capiterà anche a Voi, mio povero amico, un giorno o l'altro...

– Può darsi... Ma è nel secondo capitolo che il personaggio diventa quello che sarà per tutto il testo e assume il ruolo di eroe; sale a cavallo e parte, immaginando di essere accompagnato, in una sorta di spazio parallelo, magari come un'ombra, dal cronista che ne redigerà la storia. Fate attenzione: don Chisciotte è dunque da adesso protagonista, ma nello stesso tempo nel quale cavalca si svolge la scrittura della sua storia; vale a dire: è un personaggio-romanzo, e rappresenta una variante, geniale a parere mio, come di altri che lo hanno già letto, proprio del genere che Vossignoria predilige.

– Bene, capisco dove volete andare a parare, ma che importanza ha? Fin qui di avventure non ne incontra nessuna □ e meno male che Vostra Grazia mi assicura che neavrà in seguito – e a me pare che davanti alla locanda il Vostro beniamino faccia di tutto per inventarsi un'impresa qualunque, forse proprio allo scopo di far passare per un romanzo cavalleresco questa Vostra “variante geniale”.

– Scusatemi se faccio il pedante, ma osserverò che, anche se, come dite, la inventasse, sarebbe sempre Cervantes a fargliela inventare. Anzi, a dire il vero, come scoprirete se riesco a persuaderVi ad insistere nella lettura, colui che scrive la storia *in fieri* è uno storiografo arabo, Cide Hamete Benengeli.

– Questa sì che è buona, un infedele! Cronista uno abituato a raccontare balle e a farle passare per storia veramente accaduta!

- Mio illustre amico, se per un attimo vorrete accantonare i consueti stereotipi razziali e pensarci bene, converrete che uno scrittore di romanzi proprio questo fa...
- Dite? Non so, io mi diverto con i romanzi di cavalleria, senza stare a pensare se siano storie veramente accadute o no; credo piuttosto di no, come credo inventata, del resto, anche la storia del Vostro Picaro...
- Vero o no, non negherete comunque che la storia del Picaro, che dite mio, a differenza dei libri favolosi dei cavalieri erranti, ha del verosimile... Comunque, non scomodiamo le raccomandazioni del saggio Aristotele, e torniamo a trattare del nostro secondo capitolo...
- Lo dicevo che Vossignoria si sarebbe arrampicato sulle guglie!
- Ma ogni tanto Vostra Grazia non disdegna di accompagnarmi in queste scalate, non è vero? E allora, abbiate un po' di pazienza, immaginate di doverVi sorbire per intero un lungo sermone gesuitico, o una dissertazione, e sopportate con cortesia, se desiderate penetrare attraverso i miei consigli i pregi del libro, evitando di torcere la bocca in codesta guisa, ché potrebbe restarne torta a lungo. E dunque riprendiamo: come già sapete, avendo già letto l'inizio della sua prima sortita, il primo giorno nella sua cavalcata il protagonista, contrariamente alle proprie attese e a quelle di qualunque lettore dei romanzi di cavalleria – non a caso proprio Voi lo avete poc' anzi notato –, non si è imbattuto in nessuno; tant'è così che ha dovuto distrarsi pensando a figure per lui fondamentali ma ciascuna a modo suo lontanissima: il sapiente-mago-cronista che egli suppone stia scrivendo in qualche altra dimensione la sua storia fin dal mattino, e la destinataria delle sue future imprese, la dama senza pari Dulcinea. Le donne e l'oste che incontra alla fine della giornata sono di fatto il suo primo incontro, e nei dialoghi che ne scaturiscono, i primi del romanzo, vediamo don Chisciotte confrontato con gli altri personaggi, che per noi lettori risultano eterogenei rispetto a quelli del romanzo cavalleresco, e nei quali il protagonista pretende invece di riconoscere un'essenza atta a cancellare ciò che diverge dalle proprie attese. Ma chiedo licenza a Vostra Signoria di interrompermi, per temperare la sete bevendo un sorso d'acqua a questa limpida fonte...
- Affé mia, che il vino ci starebbe molto meglio, ne convenite?
- Ne convengo, e potremo berne più tardi. Ora la gola secca mi chiede refrigerio senza indugio... Dunque, come dicevo, la prima avventura di don Chisciotte è di fatto l'incontro con le fanciulle che incontra davanti alla locanda-castello; ne risulta una microavventura...
- Vostra Grazia vuole sopraffarmi con paroloni, nevvvero? E ad essere sincero, non la chiamerei davvero un'avventura...
- ... una minima avventura linguistica, soltanto, che si svolge come uno scontro preterintenzionale – questo lo capirete, Voi che avete studiato diritto – poiché i dialoganti, pur convinti di comunicare, usano le parole dando loro un diverso significato, l'uno in accordo coi suoi libri di alte imprese,

loro, le prostitute – chiamando le cose col loro nome, con tutto il rispetto di Vostra Signoria – secondo l’ufficio che professano, e a quanto se ne può dedurre nessuna delle parti in causa è a conoscenza del registro linguistico dell’interlocutore, sicché esse si rivolgono discorsi incongrui, parlandosi su sentieri di senso incrociati. Vedete bene che, come sappiamo, questo è uno dei meccanismi di base della comicità, e, come Voi stesso avete riconosciuto, la parte finale del capitolo risulta davvero divertente: l’avventura è avventura di parole, visto che di vicende avventurose nel vero senso della parola non si fa parola.

– Voi mi fate pensare... Dunque, il fatto che scambi le puttane per donzelle, magari vergini, crea una bella distanza...

– E vi è di più: il nostro aspirante cavaliere, nello scambiarle per tali, le interpreta secondo lo spazio letterario nel quale pensa di trovarsi. Noi invece, lettori di storie inventate, sapremmo piuttosto collocare le damigelle in questione nel genere della letteratura celestinesca, di cui anche Voi, mi ricordo, Vi diletteste in passato... E d’altro canto quelle, dalla loro, non sanno come interpretare lui, strambo cavaliere abbigliato in modo anacronistico, anche se si intuisce che la motivazione più alla portata di mano, quella di trovarsi di fronte a un pazzo – benché il nuovo arrivato sia anche un cliente potenziale da trattare con le buone maniere – aleggia nel discorso delle “dame”. E don Chisciotte, me lo concederete, esce sconfitto dalla prima avventura – pur solo linguistica come dicevamo –, giacché il malinteso, non privo di utilità nei nostri discorsi quotidiani, dà qui luogo all’onta della derisione. Immaginate: un cavaliere errante deriso da donne di quella risma, che trovata potente in un teatro!

– Potente, è vero. Si potrebbe usare la scena in un *entremés*...

– E dunque, come vedete, non appena don Chisciotte, nella qualità di libro ambulante *in fieri*, pronto a sfornare il suo repertorio linguistico libresco e perciò spropositato, incontra un’altra persona – anzi, un personaggio – che non condivide con lui il codice della finzione cavalleresca, si attivano i meccanismi dell’incomprensione. Avverta Vossignoria che fino a quel momento l’intenzione di don Chisciotte era del tutto privata, non avendo oltrepassato i confini della sua mente – se si può attribuire una mente a un personaggio di una poetica istoria, fatto sostanzialmente di parole –, anche se il nostro cavaliere errante si stava avventurando per spazi fisici vicini alla località della Mancía dalla quale l’hidalgo proveniva e che Cervantes si guarda bene dal nominare. La rivelazione in pubblico per bocca del personaggio-libro, per il momento attraverso il discorso mutuato dal romanzo di cavalleria – discorso che nella scena realistica del racconto di Cervantes, lo spazio antistante la locanda, è letteralmente fuori luogo –, rivela tutta la manchevolezza del suo progetto personale.

– Mi dite dunque, amico, che il cavaliere continua per tutto il libro a dire quelle stranezze?

– Non solo a dirle, ma a farle; ancora dovete vedere il meglio... Proseguendo, poiché don Chisciotte, nonostante il suo aspetto eccentrico, è un uomo armato, l'oste gli si rivolge rispettosamente, e nel contempo tesse le lodi del proprio locale, nella speranza commerciale, non dissimile da quella delle meretrici, di ricavarne un guadagno. Don Chisciotte risponde, come ricorderete, che il riposo offertogli non gli interessa, e lo fa recitando due versi di un *romance*. Vale a dire, parla in quell'occasione avvalendosi di un altro genere letterario – se così può definirsi la tradizione epica e lirica che noi tutti conosciamo a memoria – compatibile con il genere a lui caro, ma più diffuso anche tra gente bassa grazie alla vasta circolazione orale. Ve ne ho sentiti recitare molti di *romances*... E questa volta, infatti, lo scambio linguistico non si scontra con l'eterogeneità del discorso, perché con grande prontezza il locandiere gli risponde per le rime, cioè recitando la continuazione del *romance* e capovolgendo abilmente la propria offerta: in tal caso, assicura, l'insonnia è assicurata.

– Perdinci! Che geniale lestofante! Come tutti gli osti, del resto.

– Già, proprio così, e se Voi foste andato avanti, leggendo il capitolo successivo, sapreste che il locandiere viene definito appunto un *socarrón*: è un volpone in questioni di proprio tornaconto. D'altra parte è un picaro, come potrete appurare Voi stesso leggendo quel capitolo.

– Inizio a comprendere perché apparite tanto interessato al terzo capitolo! Dev'essere perché salta fuori il Vostro picaro di turno...

– Anche per questa ragione, lo concedo. In fondo noi portiamo nella lettura anche l'esperienza di ciò che abbiamo già letto. Non sarò un esperto di Cervantes, ma di quello che lo stesso Cervantes definisce per bocca di Ginés de Pasamonte – un picaro anche lui, che per giunta scrive la propria vita – un “genere”² (così si legge nel capitolo XXII, non meno divertente, Ve lo assicuro, con equivoci a iosa); dico del genere picaresco, me ne intendo abbastanza, anche per passione letteraria, come Vi è noto. E che Cervantes abbia letto molto bene il grande successo editoriale precedente in campo narrativo (come dimostra anche l'uso delle gustosissime novelle intercalate – che Vi daranno piacere non piccolo, ne sono certo, se continuerete a leggere – sia pure collocate in modo diverso da come le usa Alemán), lo dice una piccola spia: non avete notato anche Voi, in questo secondo capitolo, che don Chisciotte parte di venerdì?

– Davvero non me ne ricordo, e poi chi ci farebbe caso? Qui in Spagna non condividiamo con gli italiani quella superstizione che ne fa un giorno infausto...

– Le ragioni di questa precisazione potrebbero essere varie, anche se i dotti commentatori non ci dicono granché al riguardo. Un cavaliere innamorato italiano non partirebbe certo di venerdì,

² Sulla costituzione del romanzo picaresco come genere, il trascrittore del dialogo richiama l'attenzione sul contributo fondamentale di C. Guillén, *Luis Sánchez, Ginés de Pasamonte y el descubrimiento del género picaresco*, in Id., *El primer Siglo de Oro*, Barcelona 1988, pp. 197-211.

sfidando la sorte. Fatto sta che Guzmán – Ve lo rammento, perché forse avete sorvolato quel particolare – compie la sua prima sortita, abbandonando la celestinesca casa materna e insieme la città natale di Siviglia, un venerdì sera, e, guardate un po', finisce proprio in una locanda. Ed anche la disgustosa cena di don Chisciotte – che ha un fisico da anziano, ma come personaggio di un romanzo-cronaca ha più o meno un giorno di vita – non differisce granché nella sostanza da quella che il giovane e ancora ingenuo Guzmán de Alfarache – a sua volta altisonante pseudonimo, inventato non meno di quello di don Quijote de la Mancha – deve ingerire nella prima locanda che incontra, vittima anche lui di un oste privo di scrupoli, quale tappa di un processo di iniziazione alle amare realtà dell'esistenza.

– Coincidenze, suppongo... Anche se dicono che questo Cervantes sia un lettore onnivoro...

– Lo abbiamo avuto tra le mani entrambi il romanzo del Picaro, no? Perché tutti ne parlavano allora.

A Voi piacque di meno, perché sappiamo che Vi affascinano molto di più le storie fantastiche, e sospetto che ne abbiate saltato a piè pari tutte le digressioni... Ma insomma, torniamo al nostro capitolo: il nuovo scambio dialogico tra don Chisciotte e il locandiere è il primo vero atto di comunicazione che funziona, perché i due interlocutori condividono un genere letterario di mediazione tra i livelli letterari alto e basso, il *romance* appunto. Se tra don Chisciotte e le donne si era prodotto un malinteso, a causa dell'estrema distanza dei codici delle due parti, ora, attraverso un codice omogeneo il cavaliere errante e l'oste invece si intendono. I due, vedete, si scambiano informazioni, e in un certo senso anche una forma di riconoscimento reciproco, ma soprattutto intendo e vorrei che intendeste che il rapporto dialogico attraverso un sapere condiviso – di un testo letterario, come ho detto – porta le due menti sulla stessa linea di pensiero. L'oste è in grado di entrare in consonanza con don Chisciotte perché condivide con lui delle esperienze, in gran parte esperienze testuali: difatti nel capitolo successivo mostrerà di possedere puntuali competenze anche nel settore che appartiene a don Chisciotte, cioè il romanzo cavalleresco, guadagnandosi la piena fiducia del cavaliere, e usufruendone per far ridere gli altri della incomprensibile dabbenaggine linguistica del loro capro espiatorio. Sì, perché c'è un pubblico; ma gli altri significa in questo caso anche i lettori che, come noi due, hanno letto opere del filone celestinesco e di quello picaresco, e avendone appreso gli elementi sufficienti a capire il gergo marginale adoperato a tratti in quei testi, capiscono che don Chisciotte non percepisce la doppiezza del gergo parlato dal locandiere, come del resto più avanti si dimostrerà incapace di intuire l'ambiguità del gergo nel già citato capitolo XXII, che io chiamo “dei galeotti”.

– E dunque, se non intendo male, Voi sosterreste che questo don Chisciotte sia incapace di sospettare la malizia?

□ Non sempre, ma spesso. Vedrete che la cosa poi non è così semplice: non si tratta di deridere un ingenuo alle prese con un furbo di quattro cotte. Infatti, una sfumatura affine alla malizia si mostra poche righe più in là nello stesso don Chisciotte. Ma non anticipiamo: subito dopo quella sorta di parola d'ordine rappresentata dal romance recitato a due voci, avviene un nuovo malinteso, basato sulla diversa interpretazione della parola *castellano*. Quello che desidero farvi notare in questo passo è che Cervantes caratterizza il lessico dell'oste con un altro risvolto, quello del codice linguistico della malavita: «de los sanos de Castilla» è una antifrasi che designa i ladri. A scanso di equivoci, il narratore aggiunge per i lettori ignari del gergo furbesco l'equivalenza del ladro per antonomasia, *Caco*. Nella coppia *sanos de Castilla / Caco* Vostra Signoria può osservare una implicita selezione del lettore, in una gerarchia di superiorità cognitiva, tra il lettore al corrente del gergo, per lo meno di quello stilizzato che viene usato all'epoca nei testi letterari, e quello che non ne è a conoscenza, al quale sfugge in parte la comicità della situazione. Ed inoltre – immagino che anche Voi abbiate avuto la stessa esperienza –, il comparire dell'espressione gergale predispone il lettore alla cautela, poiché apre le porte alla presenza più o meno dichiarata di valenze linguistiche simili, soprattutto nel discorso del locandiere. Per esempio, la scoperta del lessico marginale **applicato dal narratore alle** prostitute consente di rivalutare come un doppio senso involontario l'espressione *damas*, che nel lessico cavalleresco ha un senso, in quello marginale ne ha un altro. Non vorrei che la lettura frettolosa e già in parte delusa che avete fatto del capitolo vi abbia privato del divertimento di accorgervene... Dirò di più: è persino possibile che qualche lettore particolarmente avvezzo al gergo sia portato all'iperinterpretazione, ovvero scorga doppi sensi persino dove l'autore non ve ne abbia previsti. Questo di certo a voi non è accaduto... Non è negli studi giuridici che si insegnano gli infiniti modi elaborati dai colpevoli per sottrarsi al supplizio. Dunque, vedete bene come l'appello ad un sapere condiviso tra scrittore e lettore sia una classica strategia di coinvolgimento, che Cervantes usa magistralmente, come fanno usarla i drammaturghi, in particolare gli autori di *entremeses*, che creano una complicità con lo spettatore consentendogli di essere al corrente di quello che il personaggio non percepisce, in una confortante situazione di superiorità.

– Ah già, proprio così!

□ Ma questo lo sapete, so che non vi è maggiore estimatore di teatro che Vossignoria.

– Eppure non avevo mai considerato la questione da questo punto di vista: andare a teatro per dimostrarsi superiori!

– Adesso scopriamo un'altra ragione della presenza del venerdì. Fate caso ai particolari.

Dimenticando di essere il protagonista del proprio romanzo cavalleresco, don Chisciotte ha una gran fame...

- Ogni tanto anche i cavalieri erranti mangiano, non Vi pare?
- Forse, ma molto più raramente dei comuni mortali e certamente meno dei personaggi di un romanzo picaresco, quando questi ne hanno l’occasione. Comunque, avendo don Chisciotte fame, gli viene offerto il cibo consono per il venerdì: del pesce; per essere più precisi: del baccalà, e della peggiore qualità, come dovrà scoprire il nostro. A questo punto Cervantes (vale a dire per lui il narratore) si lancia in una esibizione onomastica, che fa trasparire il suo interesse per il linguaggio...
- Ah sì, ricordo, tutta quella sfilza con *abadejo*, *bacallao*, *curadillo*, *truchuela*...
- Appunto; ma osservi Vostra Signoria che l’unico nome utile, perché è quello citato a don Chisciotte, è *truchuela*. Segno che a questo voleva arrivare il nostro malizioso autore, dopo averci preparato con una serie di sinonimi ad accettare che *truchuela* sia una variante di baccalà.
- Dunque non lo è?
- Sì e no. Vedete, vi siete lasciato ingannare anche voi. Quanto a me, sappia Vossignoria che ho l’abitudine di privilegiare le funzioni contestuali...
- Le fun-zio-ni! Non mi venite con sofismi! Non mi aspettavo da Voi tanti culteranismi, anche se Vi conosco, e so che sareste capace anche di inventare su due piedi qualche bel neologismo da sapientone, che so, qualcosa come «prospettivismo»... vedete che ci so fare anch’io se mi ci metto.
- Tanto di cappello; prospettivismo sarebbe un termine quanto mai adatto, ma forse non per l’occasione. Come dicevo, credo poco allo sfoggio linguistico come motivazione di questo brano, e propendo per l’equivoco voluto. Il fatto è che *truchuela* probabilmente allude anche al senso che ha *trucha* nel gergo della prostituzione. Credo che l’oste si riferisca, per prendere in giro la sua vittima, a una puttana per così dire essiccata, di qualità inferiore rispetto a una *trucha* fresca, cioè giovane e quindi di migliore qualità³. Ma a sua volta, pur non avendo capito probabilmente il senso celestinesco della parola, don Chisciotte in un certo senso intuisce – sempre nel modo in cui possiamo attribuire questa percezione ad un personaggio letterario, se la situazione narrata ci induce a farlo – di essere preso in giro – e noterete nel corso del romanzo che non lo gradisce affatto, quando se ne accorge – , oppure il governo delle trippe, come lui stesso ammette, ha il sopravvento

³ Nota del trascrittore: per la definizione di *trucha*, ‘Prostituta de calidad y probablemente muy joven’, si veda J.L. Alonso Hernández, *Léxico del marginalismo del Siglo de Oro*, Salamanca 1977; l’accezione viene riportata anche dai successivi dizionari affini. Del resto viene indicata in nota al testo nell’edizione di riferimento citata nella nota 1: «*Truchuela* es interpretado equivocadamente por DQ como diminutivo de *trucha*; *abadejo* y *trucha* son también designaciones de prostitutas: vieja y barata la primera, de calidad y joven la segunda». Connotazioni sessuali queste che eventualmente spetta al lettore della nota applicare al testo. Se don Chisciotte sbaglia, non credo che sbagli Cervantes nel giocare con l’anfibologia., come non è un errore la contrapposizione tra *trucha* e *truchuela* in *La dama del olivar* di Tirso de Molina, citata nel volume delle note complementari come un uso errato, dove invece Tirso propone come analogia un rapporto gerarchico tra il cibo di qualità, da gran signori, e quello umile, da contadini, Tirso insomma ha letto bene quello che ha definito il «Boccaccio spagnolo», cioè Cervantes, e nella sua formulazione quasi proverbiale ha accentuato la plausibilità dell’accoppiamento.

su ogni considerazione, anche linguistica, da cavaliere errante, nelle coppie proporzionali che snocciola a sua volta, applicando la proprietà transitiva...

– La proprietà...? Ripetete un po', in modo che anche io possa farne sfoggio nei discorsi...

– La proprietà transitiva, per servirvi. Comprendo che data la mia pedanteria vorrete anche una spiegazione, non è vero? Vi contento subito: in matematica e in logica è la relazione d'uguaglianza per cui se $A = B$ e $B = C$, ne deriva che $A = C$. Questa è la proprietà transitiva, che don Chisciotte sembra utilizzare nel suo discorso, ma se in apparenza tutto fila liscio, sappiate che la semantica non è né matematica né logica, e i termini che sono sinonimi in un contesto non lo sono necessariamente in un altro.

– In fede mia, Ve ne prego, tirate avanti o cambiate argomento del tutto!

– Ebbene... Vi chiedo scusa per la divagazione. Mi premeva solo farvi notare – e certo posso farlo in modo meno complicato – che, nella risposta enfatica di don Chisciotte, Cervantes ha inserito una serie il cui termine di punta (il più importante, quello collocato alla fine) è il sorprendente *cabrón*. Ancora più scandaloso, ne converrete, se lo si paragona al forbito eloquio fino a quel momento adoperato dal protagonista. Insomma, don Chisciotte conclude la lista con un termine incongruo. L'epiteto mascherato è l'avvisaglia di quello non meno violento e del tutto esplicito, *hijo de puta*, che l'adirato cavaliere rivolgerà nel capitolo XXII al galeotto Ginés de Pasamonte, sedicente autobiografo picaresco, come Vi ho anticipato, e già giudicato da una guardia della scorta «grande bellaco» nel medesimo capitolo. Nel nostro, tuttavia, *cabrón* appare giustificato nel contesto della sua elencazione...

– Ma è in modo evidente un insulto, è questo che volete dire, no? Io ci ho pensato subito, devo confessarlo. Il cavaliere, a quanto congetturo, si sta vendicando delle meretrici o dell'oste, vuoi perché si sente vagamente preso in giro vuoi perché forse prevede già quello che gli stanno per ammannire, ma che la fame nera lo costringerà ad ingoiare. Che ne pensate?

– Infatti, infatti. Ma quello che a me importa farVi notare non è tanto la probabile risata che suscita quel *cabrón* nei personaggi della finzione e in noi lettori, ma piuttosto il fatto che, in una modalità a sua volta maliziosa, don Chisciotte nella accorta tattica cervantina possa lanciare il sasso senza far vedere la mano. Poiché Vossignoria mi ha interrotto ancora una volta, dovrà accettare la giusta punizione. Ascolti dunque: se teniamo conto della connotazione carnale (parlando con rispetto della dignità Vostra) di *cabrón*, potremmo ipotizzare che nella coppia *truchuelas* : *trucha* (che i grammatici classificherebbero come una falsa figura etimologica), il procedimento analogico che sulla base di un rapporto tra minore (l'animale più giovane) e maggiore (quello più vecchio) propone una equivalenza fra tre categorie, in realtà sia costruito su una analogia impertinente, poiché fra trota e baccalà c'è piuttosto un rapporto oppositivo di qualità: cibo per nobili il primo,

cibo plebeo il secondo. Insomma, per chiarire, Cervantes bara un po' nel gioco dal punto di vista della logica, ma è proprio l'impertinenza dell'analogia a richiamare l'attenzione su di essa. Non pare anche a voi? Questo da una parte; dall'altra, non posso fare a meno di considerare che nel momento in cui pronuncia quel termine, don Chisciotte, fame o non fame, fuoriesce dal codice letterario cavalleresco, e per un momento mette piede, con una zampa da caprone, appunto, nel genere picaresco-celestinesco.

– Beh, sì, a pensarci, è proprio una scena da osteria... Capite ora perché non posso considerare questo libro un romanzo di cavalleria né proseguire la lettura?

– Mi lasci concludere Vostra Signoria, e vedrà che dopo letto il primo correrà ad acquistarne un secondo tomo, e se lo scrivessero anche un terzo... Insomma: se l'oste ha voluto ricordare agli altri presenti che, pur essendo giorno venereo, il suo ospite non vuole gradire quel servizio della locanda (infatti, nell'opposizione tra *truchuelas*-pesce e *truchuelas*-carne, cioè le *doncellas*, il cavaliere si astiene comunque dalla carne), l'ospite a sua volta, senza darlo a vedere, appioppa un insulto volgare, anch'esso di base carnale, a chi ha orecchie per intendere. *Cabrón* è, sì, insulto generico, ma più specificamente ha il senso di «cornuto» – perché le capre non sono fedeli, ci spiegherebbe un uomo dotto come l'esimio Sebastián de Covarrubias –. E mi perdoni ancora Vossignoria, che so benissimo essere avverso all'erudizione, ma ogni tanto non riesco ad astenermene. Né va dimenticato che il caprone è simbolo tradizionale della lussuria, come lo stesso Covarrubias ci direbbe. Al contrario, la castità dell'hidalgo, anche se egli viene generosamente accudito dalle “dame”, è garantita dai marchingegni della sua bislacca armatura.

– Va bene, va bene, ma ora venite al dunque. Se Vi riuscite, vivaddio!

– Ci provo. E Voi provate a distrarVi di meno. Insomma, che la *truchuela* sia un baccalà o più genericamente un pesce secco ce lo ha indicato esplicitamente il narratore nel suo strano paragrafo dall'apparenza enciclopedica, ma voi lo sapevate? Quanti lettori lo ignorano? Il fatto è che quel paragrafo costituiva la premessa per completare il gioco: *trucha* e *truchuela* si differenziano per qualità, ma sul versante gergale della prostituzione lo stesso rapporto di differenza qualitativa esiste tra *trucha* e *abadejo*. Con Vostra licenza, preciserò che l'invenzione linguistica di Cervantes, resa plausibile dall'accorgimento preventivo della serie sinonimica – no, non assumete quell'espressione contrita – consiste nel proporre al lettore come equivalente alla coppia *trucha* : *abadejo* la nuova coppia *trucha* : *truchuela*. Ne consegue che il lettore malizioso potrebbe rivalutare l'offerta di *truchuela* delle due donne come una profferta – volontaria o involontaria? – dei loro servigi, al di là dello svestire lo strano individuo capitato nella locanda. E nello stesso tempo l'allusione carnale – volontaria o involontaria? Mi darete atto che non abbiamo appigli testuali per decidere – *truchuelas* : *trucha* potrebbe costituire una sottile vendetta verbale di don Chisciotte nei confronti delle donne

che lo hanno deriso. In realtà poco importa che l'equivoco sia volontario o meno per quanto riguarda i personaggi; anzi, nel secondo caso il lettore potrebbe ridere o sorridere con più gusto, dalla sua posizione di superiorità, nel vedere coinvolti per la seconda volta il vecchio hidalgo e le due donne in un malinteso di natura carnale, dopo quello già occorso su *doncellas*. Comunque, anche se dovessimo limitarci alla piena valenza soltanto di *cabrón*, avremmo scoperto in don Chisciotte una capacità di malizia fino a questo momento insospettata.

– Bel cavaliere errante davvero, questo Vostro don Chisciotte!

– Cavaliere per scelta in un mondo senza cavalleria, non è un gran serbatoio di comicità il tema stesso? Guardate: se l'inadeguata formula libresco di saluto rivolta da don Chisciotte alle due dame ce lo fa giudicare ingenuo e fuori del suo tempo – qualcuno direbbe dalla “realtà”, ma, dovremmo obiettarci, dalla realtà di quale genere letterario? –, la replica che egli produce contro le melliflue parole dell'oste è sia l'espressione di un intenso desiderio fisico – sul quale si inserisce forse un moto di stizza per la derisione di cui è stato oggetto in precedenza –, sia una generica irritazione che viene tuttavia mascherata, mostrandoci capace di inventare argutezze del tutto consone al gusto letterario più moderno.

– Nientedimeno! Tuttavia, insisto, non potreste ricordarVi, di grazia, i vantaggi della concisione? E poi, la mia sete cresce di secondo in secondo.

– Vedrò di ricordarmene. Acqua Vostra Signoria non ne beve, dico bene? Pazienti ancora un poco e ce ne andremo a cercare quello buono. Riprendiamo, e sarò più conciso, se Dio vuole. Dunque, dicevo, il forte mutamento di registro linguistico – non fate caso ai termini, Ve ne prego, ma ai concetti – ci informa inoltre che don Chisciotte sta acquisendo spessore come personaggio, e la contaminazione con discorsi di per sé estranei al linguaggio del romanzo cavalleresco, almeno nella forma stereotipa (usuale, se preferite) assimilata da don Chisciotte, sta rompendo la struttura monolitica del codice letterario di riferimento. Cioè, sì, voglio dire, sarà evidente anche a voi... ciò distrugge il romanzo di cavalleria. No, non dite niente ancora, vorrei finire di sviluppare il mio pensiero. Nella realtà della finzione, con l'insulto velato *cabrón* don Chisciotte si prende magari una piccola rivincita, ma l'enfasi con la quale ha rivelato di avere una tale fame che poco gli importa quello che vorranno mettergli davanti, di fatto autorizza il locandiere – e in una certa misura sembra quasi giustificargli –, a propinarci ciò che ha preparato nel peggiore dei modi. Insomma, un impulso basso, la fame, si riflette nel registro basso usato nella circostanza. Di conseguenza, spinto dalla fame (e ingannato dalla propria immaginazione, ma questo l'oste non lo ha ancora capito appieno) don Chisciotte si mostrerà di bocca buona (né del resto l'elenco dei cibi consumati abitualmente dall'hidalgo Alonso Chiscieccetera visto nel primo capitolo ci fa pensare a lussi gastronomici). Fatto sta che, *cabrón* o non *cabrón*, con grande enfasi il personaggio ha sottolineato la piena

accettazione del cibo offertogli, diventando nello stesso tempo vittima volontaria della frode che il locandiere gli ha comunque destinato.

– Già, niente sesso e niente letto, dall'oste avrete cibo infetto.

– Più o meno è così. Torniamo al tema carnale, se Vi garba. Come Voi stesso sapete, nel romanzo di cavalleria non manca, e i predicatori non a caso lanciano i loro strali contro il genere che Vossignoria predilige...

– Già, come se il Vostro amato romanzo picaresco mancasse a questo riguardo!

– Tutt'altro, infatti. Torniamo al nostro testo: mettendo pure da parte il doppio senso possibile di rapporto carnale nella parola *posada*, che fa parte del primo messaggio pubblicitario dell'oste, compatibile con l'offerta di *truchuelas*, giacché si tratterebbe di una *posada* senza letto – insomma, sesso a basso prezzo, per capirci – il *cuerno* del primo porcaro, le *damas - truchuelas*, il *cabrón* affibbiato di soppiatto all'oste e, per chiudere in bellezza, il *castrapuercos*, compongono un quadrilatero semantico che sottende all'intera scena il tema carnale, presentato qui negli aspetti meno nobili e con una forte componente di malizia. In antitesi, certo, al sentimento etereo provato per Dulcinea che aveva occupato in parte il pensiero di don Chisciotte durante il tragitto precedente nella prima parte del capitolo. Tuttavia, che il romanzo cavalleresco non dovesse per forza escludere il tema del sesso, ce lo ha ricordato Cervantes in uno dei sonetti preliminari, cioè non molte pagine prima di quelle che stiamo leggendo, attraverso la voce di Oriana, la donna di Amadigi, la quale lamenta che i propri rapporti con il suo cavaliere non fossero stati solo spirituali:

¡Oh, quién tan castamente se escapara
del señor Amadís como tú hiciste
del comedido hidalgo don Quijote!

Ma voi avete saltato questa parte. Vi consiglio di tornarci, prima o poi; potrete osservare comunque come don Chisciotte verrà esposto a tentazioni ma, in nome di Dulcinea, non vi sarà cedimento, se non in qualche breve fantasticheria su Maritornes, un personaggio che vedrete comparire in un'altra locanda. Risvolti meno platonici dell'amore hanno invece agio di svilupparsi nelle novelle intercalate del *Quijote*. Il fatto è che l'amore è un tema che attraversa molti generi, e si presta a trattamenti molto diversi nello stesso romanzo. In questa seconda parte del capitolo, per volontà di antitesi, Cervantes ci propone la sessualità più bassa (aggravata dalla cornice dei due addetti ai porci) in contrapposizione alla concezione sublime dell'amore esposta nella prima parte.

E, come sapete, l'apparizione rapida e forse significativa di un porcaro che coincideva con l'avvistamento delle damigelle, viene corroborata successivamente in quella che potrei definire una cornice narrativa, perché *dulcis in fundo* arriva alla locanda il castratore di maiali...

– Altra allusione carnale secondo Voi? Credo che esageriate... Avete per caso bevuto troppa acqua del Danubio⁴?

– A pensarci bene, non la escluderei. Castità volontaria e castità forzata. Non male, direi. La pensata Vi fa onore. Ma quello che volevo dire a Vossignoria è che questo nuovo personaggio che arriva in scena e che conferma a don Chisciotte, quasi in comica antitesi, tutti i paradigmi del suo spazio letterario ideale, quello da romanzo cavalleresco, diventando addirittura musico di corte con il suo piffero, a sua volta evoca un diverso spazio letterario...

– Già, quello del porcile! Un romanzo con profumo di campagna verace...

– Ci siete quasi arrivato; credo infatti che il porcaro e il castraporci portino in scena un altro genere letterario di grande prestigio, vale a dire il genere bucolico, presente, come sappiamo, anche nella narrativa con la serie inaugurata dalla *Diana* de Montemayor, senz'altro l'avrete letta... No?

Eppure, in fondo si avvicina abbastanza al Vostro romanzo di cavalleria... E in tema di genere pastorale, il buon Cervantes, a quanto mi risulta, agogna intensamente finire il suo primo romanzo, *La Galatea*, mentre a mio parere farebbe molto meglio a continuare il *Don Quijote*. Per tornare al nostro scenario: la vera e propria cornice narrativa rappresentata dal *porquero* e dal *castrapuercos*, inoltre, conferisce una sfumatura etnico-religiosa alla topologia dell'episodio, non siete d'accordo?...

Sempre che ci si fidi di quell'inaffidabile **cronista, Belenzano o Arabarabbo** che si chiami, che quanto a *limpieza de sangre*...

Che dirvi? Non è detto che questo pezzo lo racconti il cronista arabo, forse interviene la voce di un altro narratore: anche questo è un gioco gustoso con il quale Cervantes strizza l'occhio al lettore...

Vorrete dire a voi lettori del romanzo picaresco, abituati a stare tra ladri, bari e mendicanti; a me questi narratori troppo scanzonati fanno un baffo.

Se ciò soddisfa Vostra Signoria... Comunque, dicevo: questi due personaggi, relegati allo sfondo, rappresentano in maniera ridotta e degradata un altro mondo letterario, quello pastorale, se teniamo conto del fatto che don Chisciotte, ormai morto di fame all'imbrunire, si era guardato ansiosamente intorno «por ver si descubriría algún castillo o alguna majada de pastores donde recogerse y adonde pudiese remediar su mucha hambre y necesidad», alla ricerca cioè non di un posto qualunque, ma di due spazi emblematici per i generi più frequentati nelle sue letture.

Poi c'è un altro fatto, a proposito di convenzioni di genere: che tornando (ormai a stomaco riempito, anche se di schifezze) alla sua fantasia cavalleresca, don Chisciotte si accorge che per essere un

⁴ Nota del trascrittore: non mi risulta che il riferimento abbia nulla a che fare né con Ovidio né con Garcilaso de la Vega.

legittimo cavaliere-romanzo di cavalleria (il cronista arabo a questo punto riprende sicuramente a scrivere, ne sentite la penna d'oca sulla carta?) manca un particolare: l'investitura.

– Ah, certo, non è ancora un cavaliere! Si potrebbe dire che non rispetta le regole... Eppure, mi meraviglia che un libro così estraneo alla norma alta e nobile del genere che vuole imitare si ponga un problema di regole, e che si proponga un vecchio così male in arnese per l'investitura è francamente scandaloso!

– Proprio così. Ci sono due livelli. Quello di don Chisciotte, cosciente di non corrispondere in pieno al codice di elezione, e quello del genere, che si avvale di un rituale che gli è estraneo, dunque sfruttabile in chiave comica. Ma per tornare al castraporci: questo capitolo, il primo vero capitolo della storia di don Chisciotte, lo ribadisco, è un capitolo in cui giustamente – poiché ha inizio un romanzo di cavalleria, seppure *sui generis*, con un cavaliere che, almeno per quello che gli accade in questa prima parte, non può essere considerato se non un cavaliere degradato (anche se il personaggio presenta poi aspetti nobilissimi, Ve lo giuro sul mio baffo) – vengono convocati esponenti, a loro volta umili o degradati, di grandi generi letterari dell'epoca: il filone celestinesco, rappresentato dalle due *damas*; il romanzo picaresco, con un locandiere che, nonostante l'epica autobiografia del terzo capitolo, è un malandrino di poco conto rispetto a Guzmán; la pastorale, quasi parodiata nel porcaro e nel castraporci; si salva dal tono minore il romance, nella sua fugace apparizione mediatrice. Insomma, questo capitolo ci presenta già attraverso allusioni quello che caratterizzerà il romanzo nel suo insieme, l'essere un crocevia di generi letterari e di testi. Se dovessi inventare ora un termine, mi piacerebbe qualcosa come... Vi andrebbe bene un romanzo "intertestuale"? Che Ve ne pare?

– Se Vi azzardate a ripetere quello sproposito, Vi giuro che non leggerò più una sola pagina del *Don Quijote*!

– Vostra Signoria abbia ancora un po' di pazienza. Concludo: al mondo del romanzo cavalleresco, di cui don Chisciotte nell'iniziale euforia ha persino immaginato l'incipit, spazio letterario che nel percorso di quello geografico viene vanificato, vuoto come è di incontri sui quali esercitare la volontà di avventura, Cervantes nella seconda parte del capitolo affianca dunque frammenti di altri mondi letterari. Assistiamo cioè alla confluenza e all'intreccio di filoni narrativi (cavalleresco, celestinesco-picaresco, pastorale); in una prima dimostrazione dell'amalgama di testi che caratterizza il romanzo di Cervantes.

– Perdio, ma s'è già detto! Ed ora avete finito?

– Non ancora. Però tra due minuti Vi offro da bere, Vi aggrada? Mi accingo all'arringa conclusiva. Un altro sorso d'acqua... Poi giudicherete Voi. Innanzitutto devo introdurre una gerarchia tra i generi che Vi ho citato, in base alla maggiore o minore presenza dei loro discorsi. Il grado minimo è

rappresentato dai due addetti ai porci, che comunicano soltanto con i loro strumenti: un corno e un sistro. Altro che «dulce lamentar de dos pastores» e dolente purezza di sentimenti! Il genere pastorale viene qui sottoposto a una concisa parodia degradante. Poi, in successione, il linguaggio scarno delle due prostitute relega ai margini la presenza del genere celestinesco, qui subordinato a quello picaresco, con il quale è del resto compatibile. Ancora, l'articolazione della parola a più livelli è comune sia a don Chisciotte che all'oste; se vogliamo differenziarli, possiamo dire che l'eloquio dell'ingegnoso cavaliere è a dominante alto-media, pur non escludendo il livello basso. L'eloquio dell'oste è a dominante medio-bassa, con una presenza di tratti gergali che riflette la prassi della narrativa picaresca. Insomma, il confronto principale avviene tra il cavaliere e l'oste, che nel capitolo successivo, come Vi ho anticipato, diventerà narratore di una succinta autobiografia picaresca. Implicitamente, lo scontro avviene tra i generi narrativi che i due rappresentano: il romanzo cavalleresco e quello che possiamo denominare picaresco.

Due codici letterari, quello cavalleresco e quello picaresco, qui vengono contrapposti in modo escludente. Infatti una volta assicurato il «gobierno de las tripas» Don Chisciotte ritornerà con inflessibile lena al proprio progetto cavalleresco, ma se la dovrà vedere altre volte con il mondo picaresco.

Che siano proprio questi i due generi ad essere messi a confronto per primi all'interno del romanzo può avere diverse motivazioni. Ripeto un'opinione che ho sentito in giro, secondo la quale senza il *Guzmán*, cioè senza lo stupefacente successo commerciale e di gradimento della prima parte dell'opera, pubblicata pochi anni fa, forse il *Don Quijote* non sarebbe mai stato scritto⁵. Certo, la prima sortita di don Chisciotte somiglia a quella di altri cavalieri da romanzo; ma presenta elementi che ricordano la sortita solitaria di Guzmán da Siviglia: mi permetto di ricordarVi soltanto la rubrica del 3° capitolo del *Guzmán*: «cómo Guzmán. salió de su casa un viernes por la tarde y lo que le sucedió en la venta», utile per capire che la seconda parte del capitolo del **Chisciotte** allude a un testo arcinoto, e che anche la presenza del gergo fa l'occholino al lettore che ha già letto il *Guzmán* ed è quindi in possesso di una competenza in più per afferrare in pieno il clima picaresco che pervade questa seconda parte del capitolo cervantino e parte del capitolo successivo.

Sulla scena editoriale e culturale di questi anni, il romanzo nuovo è decisamente il romanzo di Alemán, come è del tutto nuovo nell'invenzione questo romanzo di Cervantes. Il confronto tra il romanzo cavalleresco, che a mio parere, anche se so che dissentirete, è ormai sorpassato nel suo schematismo e nel suo linguaggio, e quello innovatore, dotato anche del verosimile che i nostri tempi in parte pretendono, viene proposto in questo secondo capitolo del *Don Quijote* dall'incontro-scontro tra i due personaggi rappresentativi. Vero è che la fame, bisogno del tutto reale e insieme

⁵ Nota del trascrittore: in epoca moderna l'affermazione risale ad Américo Castro.

così picaresco, basta ricordare i primi capitoli del *Lazarillo*, provoca anche il cedimento linguistico di don Chisciotte: simbolicamente il discorso cavalleresco viene sopraffatto da quello picaresco, che, almeno momentaneamente, risulta il modello vincente.

Nel secondo capitolo in conclusione, e finisco per davvero, siamo di fronte a una dimostrazione iniziale, relativamente semplice, anche se graduata con accorte transizioni, del confronto tra generi letterari che costituisce una delle ossature portanti del romanzo. La semplicità dello schema consente di riconoscere il fenomeno, di tenerne conto, per poi percepirlo in forme più complesse e meno visibili di rapporti.

La mia l'ho detta. Che ne dice Vossignoria? Continuerà o no a leggere il *Don Quijote*?

– Ebbene, in fondo qualche curiosità me l'avete destata. Se mi dite che vale la pena... E che le avventure ci sono, anche se buffe... E sia, domani leggo il terzo capitolo, Ve lo prometto, e dopo, se mi garba, il resto.

– Se lo fate, Vi prego di non farlo per compiacere me, ma solo per il grande vantaggio e godimento che ne trarrete, Ve lo garantisco. Parola d'amico. E poi, sul terzo potreste chiedere il parere di don José Grillos, lo conoscete, no? Egli sa tutto di quel capitolo. Nonché del XXI, e...

– Sì, è proprio quello che mi mancava! Uno che Vi somiglia quanto a capacità di inanellare discorsi su discorsi... Pensate davvero che per ogni capitolo un semplice lettore come me debba stare a sentire il parere di gente con la Vostra parlantina? Ma via...

– A proposito di governo delle trippe chisciottesche, andiamocene piuttosto a bere e a prendere qualche stuzzichino, subito; a questo punto ho di nuovo la gola secca, come se avessi mangiato dieci *truchuelas*...».

